

ESTRUCTURA SOCIAL Y MODELOS DE «DESARROLLO»: EL CASO CHILENO

Xabier Arrizabalo Montoro(*)

I. INTRODUCCION

En el presente artículo vamos a abordar la vinculación entre la presente estructura social y los modelos de desarrollo, particularizada para el caso chileno durante el período de la dictadura (1973-90) (1). Añadidamente haremos un esbozo del estado de la cuestión tras casi cuatro años de transición.

La relación entre la estructura social y los modelos de desarrollo no es ni mucho menos de tipo unívoca. En efecto, la influencia se da en ambos sentidos, por lo que parece más oportuno hablar de relación dialéctica que no causal unidireccional. Ciertamente, de la misma manera que la adopción de uno u otro modelo de desarrollo (entendido como la orientación estratégica del conjunto de la política económica y social de carácter estructural y global) (2) ejerce una influencia directa en la estructura social, ésta (especialmente en su dimensión como relación de fuerzas entre sectores o clases sociales, articulada o no políticamente) se constituye en una de las principales variables explicativas tanto de la adopción de un determinado modelo de desarrollo como de su lógica de funcionamiento y reproducción así como de sus resultados, significado y viabilidad a futuro.

En el caso chileno estas dos relaciones se muestran de forma clara como veremos seguidamente. Así, estudiaremos en primer lugar el impacto que ha tenido la aplicación del modelo capitalista neoliberal de la dictadura en la estructura social para, posteriormente, analizar la posibilidad de que la «nueva» estructura social se derive, vía articulación política, otro modelo de desarrollo.

Antes de pasar a ello, debemos precisar una última cuestión. La referida vinculación entre estructura social y mode-

los de desarrollo es también, además de dialéctica, de carácter histórico en cuanto a que se inserta en un determinado contexto espacio temporal con todas sus peculiaridades e implicaciones. En el caso que abordamos esto se traduce en la condición de la chilena como una formación social *capitalista y subdesarrollada* (3).

II. MODELO DE «DESARROLLO» DE LA DICTADURA Y CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL

El modelo de «desarrollo» de la dictadura en Chile ha sido reiteradamente puesto como ejemplo positivo por distintos autores, y de modo especial por organismos multilaterales tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI). A tal punto que han sido frecuentes las conceptualizaciones de su desempeño en términos de «milagro» (4). Sin embargo, parece una cuestión de mínimos que hablar del posible éxito de un conjunto de políticas en relación al desarrollo pasa necesariamente por clarificar qué es lo que se entiende por desarrollo (5).

(*) Economista y sociólogo. Departamento de Economía Aplicada I (Economía Internacional y Desarrollo) de la Universidad Complutense de Madrid y Centro de Estudios de América Latina, Caribe y África (CEALCA).

(1) El término «modelo de desarrollo» nos parece poco preciso por cuanto presupone la efectiva orientación de las políticas aplicadas a la consecución de mayores cotas de desarrollo. Obviamente, ello está directamente vinculado al enfoque del que se parta respecto del concepto de desarrollo y de ahí el propio uso del entrecomillado en el título del artículo. Aunque esto será discutido más adelante, consideramos oportuno efectuar ya la aclaración.

(2) En el sentido de que se trata de aquella que va más allá del corto plazo y de los distintos sectores y ámbitos parciales. Sin ánimo de entrar a profundizar en este tema, precisamos que hemos optado por la fórmula «modelo de desarrollo» frente a la de «modelo de acumulación» o «de crecimiento» (a la que, en última instancia, se subordina) por su vinculación con la discusión sobre el desarrollo que queremos introducir en este texto. Otras fórmulas, y particularmente la que habla de «estilos de desarrollo», nos parece que siguen siendo inadecuadas, tanto por su imprecisión como por la limitación que hacen de la discusión al circunscribirla únicamente a las opciones intrasistema. Véase al respecto la referencia clásica Graciarena, Jorge, *Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa. Revista de la CEPAL*, núm. 1, Santiago de Chile, primer semestre de 1976.

(3) En todo caso, lo verdaderamente relevante es su naturaleza capitalista en cuanto a la existencia de intereses antagónicos de las distintas clases. De manera que la condición de subdesarrollada se subordina, lógicamente, a la de capitalista. Como expone Cueva en relación a la idea de «dependencia», cuando señala que «(...) conviene recordar, metodológicamente, que en la fórmula "capitalismo dependiente" hay algo que es un sustantivo (capitalismo) y algo que es un adjetivo (dependiente) y que por lo tanto la esencia de nuestra problemática no puede descubrirse haciendo de la oposición capitalismo clásico/capitalismo dependiente el rasgo de mayor pertinencia, sino a partir de las leyes que rigen el funcionamiento de todo capitalismo» [Cueva, Agustín, *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, en Varios Autores, *Debate sobre la teoría de la dependencia*, Educa, S. José (Costa Rica) 1979, p. 78].

(4) Una discusión de los resultados del modelo en el plano económico, desmitificando la idea de evolución «milagrosa» la presentamos en Arrizabalo (1993a y b).

(5) Es obvio decir que la evaluación como exitoso o no de un modelo depende de lo que sitúe como objetivo. Por ello, respecto de lo que se declaró como meta de la aplicación del modelo si se puede hablar de fracaso. Pero en relación a los objetivos reales no, o al menos no tan claramente. Un buen ejemplo lo muestra el hecho de que la pobreza se haya más que doblado durante el período. ¿Es ello un indicador del fracaso del modelo? Sin duda que sí desde la perspectiva de la mayoría de la población, mas no desde los objetivos últimos de los responsables de la aplicación del modelo para los que no son relevantes cuestiones como la pobreza o la distribución del ingreso. De la forma que señala Valenzuela, «como programas antiinflacionarios y de estabilización, los del FMI poseen una eficacia más que dudosa. De hecho, no constituyen sino un taparrabos que racionaliza la generación de procesos recesivos. Con ellos, se busca debilitar la fuerza económica y política de la clase obrera, de la burguesía industrial nacional y de vastas capas de la pequeña y mediana burguesía. Su eficacia real habría que juzgarla en términos de sus objetivos más bien implícitos: centralización de capitales, elevación de la tasa de plusvalía, reestructuración del aparato económico estatal, succión de excedentes por el capital transnacional, etcétera. En síntesis, por su capacidad para impulsar el reordenamiento estructural exigido por el patrón neoliberal» [Valenzuela, 1991, p. 154; el uso de la cursiva es nuestro —XAM—].

No pretendemos extendernos en este tema, ya que no constituye el objeto de este artículo, pero sí vamos a precisar una cuestión central; de forma muy simplificada adoptaremos como punto de partida y primera aproximación la idea del desarrollo asociada, a modo de síntesis, a la mejora sustancial y sostenida de las condiciones de vida del conjunto de la población, lo cual está directamente relacionado con las transformaciones operadas en la estructura social.

Por tanto, la pregunta se centra en estudiar qué ha ocurrido en Chile a este respecto durante el período de la dictadura (6).

El resultado de la aplicación del modelo de la dictadura ha sido una importante transformación de la estructura económica y social chilena.

En el plano económico, esta transformación se ha traducido, fundamentalmente, en una acelerada reestructuración capitalista orientada a un proceso de transnacionalización. La modalidad específica de este proceso —ya que la transnacionalización no existe en abstracto, sino que adopta modalidades específicas en su concreción en casos históricos— se ha caracterizado por fundamentarse en: 1) una reestructuración de la base económica crecientemente orientada al sector primario-exportador (con una elevada depredación de recursos naturales) y a las actividades financiero-especulativas, así como con una mayor desarticulación intersectorial; 2) una fuerte tendencia hacia la concentración y, sobre todo, centralización del capital; 3) una agudización de la condición de dependiente, subordinada y vulnerable de su inserción exterior; y 4) un agudo proceso de polarización y concentración del ingreso con un empeoramiento de las condiciones de trabajo. resulta obvio decir que todo ello se da en el contexto de la brutal represión de las organizaciones de trabajadores y de los sectores populares (7).

El corolario de todo ello es un fuerte proceso de pauperización de la población chilena, de deterioro de sus condiciones de vida y en especial de los sectores más desfavorecidos. Unido a lo anterior, fundamenta la afirmación de que Chile es después de la dictadura una formación social más subdesarrollada de lo que lo era antes (8).

Y como resulta evidente, la aplicación de este modelo de «desarrollo», excluyente y concentrador tiene consecuencias directas en la estructura social.

En efecto, la estructura social chilena se ve fuertemente alterada en este período. Para analizar los cambios que en ella se operan, vamos a distinguir entre lo que ocurre en la esfera del trabajo y en la del capital.

La esfera del trabajo se ve fuertemente afectada por la implantación de este modelo. En efecto, las distintas políticas aplicadas [especialmente la de apertura externa indiscriminada con su efecto dismantelador de parte importante de los sectores productivos y la política privatizadora y de reorientación del rol del estado (9), así como la propia dimensión autoritaria del régimen] llevan al mencionado proceso de pauperización que se explica por una fuerte reducción de la tasa salarial, un alto nivel de desempleo y subempleo y una drástica reducción de la intervención del Estado en materia social (educación, sanidad, vivienda, previsión, etcétera). Lo que se traduce en el ya mencionado deterioro de las condiciones de vida de la población, uno de cuyos principales indicadores es, justamente, la magnitud de la pobreza que, según estimaciones de CEPAL, pasa de afectar a un 20% de la población en 1970 a un 39,9% en 1990.

Un autor, Vuskovic, habla de la «deuda social» contraída durante el período, estimando que «los que tuvieron empleo sufrieron disminuciones en sus remuneraciones reales respecto a las remuneraciones promedio de 1970 (para no llevar a la comparación a las todavía más altas de 1971-1972) que acumuladas a lo largo del período 1974-1989 equivaldrían a unos 40.000 millones de dólares actuales. Y los puestos de trabajo perdidos respecto de los que se habrían tenido de mantenerse la tendencia del empleo del lapso 1960-1973, valorados según el salario promedio para 1970, representan una pérdida adicional equivalente a unos 25.000 millones de dólares: una "deuda social" que casi cuadruplica el total de la deuda externa acumulada por la dictadura» (10).

Pero si el efecto en la esfera del trabajo es tan claro como se ha mostrado, también en la esfera del capital se producen algunas modificaciones importantes derivadas de la propia esencia del modelo.

Como señala Valenzuela, «en cuanto a los agentes o grupos sociales impulsores, el modelo se asienta en el capital transnacional y una delgada capa de capitalistas nacionales. Estos funcionan como una oligarquía financiera en cuyo seno se privilegian los espacios circulatorios. En cuanto a las ramas o sectores de desarrollo preferente, amén de los financieros e improductivos, deben recalcar los sectores de exportación, primarios y semimanufactureros. (...) El esquema no se limita a una drástica elevación de la tasa de plusvalía. Al mismo tiempo provoca una modificación sustancial en las modalidades de reparto de la plusvalía social. Apuntando a lo básico, tendríamos: 1) retracción del beneficio empresarial y mayor peso de la plusvalía que se traduce en intereses; 2) especialmente por la vía de los intereses, crecimiento de la masa de plusvalía, absoluta y relativa, que fluye al exterior. Como consecuencia de lo anotado, desestímulo a la acumulación productiva en general y, en particular, a la más pesada y de más largo período de maduración» (11).

(6) En relación a la conceptualización del subdesarrollo, puede verse el capítulo III de Arrizabalo (1993a). Por otra parte y como se observa, no nos detenemos a abordar ni el origen de la dictadura ni la aplicación del modelo. Ello obedece estrictamente a razones de espacio material. Respecto a estas cuestiones pueden verse los capítulos VIII, IX y X de Arrizabalo (1993a).

(7) La lógica del modelo la sintetiza certeramente Valenzuela cuando expone que «visto desde el ángulo de la asignación de los recursos, le otorga primacía al principio de la regulación oligopólica. Como al mismo tiempo predica un apertura económico indiscriminado, tenemos que de hecho privilegia la regulación monopólica transnacional. En cuanto a su contenido más preciso, en primer lugar se podría caracterizar como una modalidad específica e históricamente determinada, de reconstitución de la tasa de ganancia. Para ello, se apoya fundamentalmente en la elevación de la tasa de plusvalía. Para lograrlo, se busca congelar o controlar la expansión de los salarios reales y, para tales efectos, los mecanismos que se privilegian son la dilatación del ejército de reserva industrial y la coacción directa o extraeconómica» (Valenzuela (1991, p. 153)).

(8) Esta es una de las principales conclusiones de Arrizabalo (1993a).

(9) Decimos reorientación y no reducción porque si bien el papel otorgado al Estado neoliberal disminuye drásticamente su actividad directamente productiva o en su dimensión social, no se puede decir lo mismo en relación a otros planes —como el vinculado a la reproducción del modelo— en los que lo que sí experimenta es un importante cambio de orientación. Véase al respecto el texto de Díaz en SOCHEP (1990).

(10) Vuskovic Bravo, Pedro: *La dualización de las sociedades latinoamericanas, mimeo*, junio, 1991, pp. 15 y 16.

(11) Valenzuela (1991, pp. 153 y 154).

Dicho de otro modo, el modelo de la dictadura tiene importantes efectos al interior de la propia estructura y composición del capital, de los cuales el más destacado es el que afecta —de forma muy negativa— a la pequeña y mediana empresa industrial nacional. Su otra cara es el auge de los sectores financieros y especulativos, algunos de los primario-exportadores y, en general, los vinculados al capital transnacional.

El punto importante es que el entramado de sectores que apoyan el golpe de Estado y la conformación política autoritaria que de él se deriva no es exactamente el mismo que hace lo propio con el modelo neoliberal, sino que hay diferencias sustantivas (12). Efectivamente, como señala De Vylder, «el golpe militar fue el producto de una exitosa lucha de clases por parte de la burguesía chilena, apoyada por grandes sectores de la clase media y por Estados Unidos», en tanto que «la elección de modelo neoliberal correspondía, sin embargo, a una alianza política entre el régimen y un determinado sector de la burguesía chilena e internacional: el sector financiero, que dentro de poco llegó a hegemonizar, junto con los militares, el aparato de Estado», siendo finalmente «el financiero, más que los teóricos de la escuela de Chicago, [el que] ha tenido la última palabra cuando el dogmatismo neoliberal ha chocado con los intereses creados» (13). Empero, el mantenimiento del apoyo político al régimen de sectores que, objetivamente, ven sus intereses dañados obedece a lo que Valenzuela explica al afirmar que «la política no funciona como un reflejo mecánico de la base económica, posee su especificidad y autonomía relativa» (14).

Dicho de otra forma, lo que —en general con poca precisión— se conoce como clases o sectores medios se ven muy negativamente impactados por este modelo, lo cual da pistas importantes respecto al espacio que le corresponden a estos sectores en el contexto del modelo hegemónico en la actual fase de desarrollo histórico a escala mundial, y particularmente en las formaciones sociales capitalistas subdesarrolladas.

Todo lo expuesto hasta el momento pone de relieve un aspecto crucial de este modelo y de la propia dictadura: su significado histórico. En efecto, el significado de la dictadura como régimen se define en tanto que «apagafuegos» del sistema capitalista en Chile, es decir, como instrumento para hacer posible su reproducción en el tiempo. Y en este sentido muestra su carácter fascista (15). El término de «apagafuegos» lo utilizamos para definir el recurso a él

como instrumento capitalista funcional a la resolución de la crisis estructural de no retorno en la que se encontraba Chile en los últimos años de la década de los sesenta, primeros de los setenta. Más allá de este punto, la observación de estas cuestiones pone claramente de manifiesto una vocación estructural del modelo coyuntural, convirtiéndose en un proyecto mucho más amplio y de largo plazo. Por lo tanto, la función de la dictadura no ha sido sino la de hacer el «trabajo sucio» preparando el terreno y realizando el grueso de una profunda reestructuración capitalista (16).

Concluiremos este apartado abordando la cuestión de si se puede considerar al chileno como un ejemplo a imitar. La respuesta a ella no puede ser otra que... depende. *Depende de para quién*. En efecto, considerando la marcada orientación clasista de la política aplicada que ha venido siendo expuesta, la respuesta a dicha pregunta debe atender al impacto desigual generado para los distintos grupos sociales. Así, sin duda sí es un ejemplo a imitar desde la perspectiva de las empresas transnacionales —y especialmente las financieras y bancarias— o del 10% más rico de la población cuya participación en el ingreso se eleva aún más o para los sectores económico-financieros —especulativos en gran medida— y primario-exportadores. Y de forma igualmente indudable la respuesta es no; no debe ser el chileno un ejemplo a imitar, desde el prisma de la mayoría de la población que ve cómo sus condiciones materiales de vida se ven fuertemente empeoradas (17). Ni tampoco para algunos sectores de la propia burguesía, fundamentalmente los vinculados a la industria nacional, que se ven desplazados y excluidos por las transformaciones operadas, hecho éste plenamente acorde a la plasmación de la lógica del capital en esta fase de su desarrollo histórico.

III. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL Y MODELOS DE DESARROLLO

De igual manera que hemos observado el impacto del modelo de «desarrollo» en la estructura social, a continuación veremos el rol que juega/puede jugar ésta, a través de su articulación política, en la adopción de uno u otro modelo de desarrollo.

Chile se ha caracterizado históricamente por presentar una estructura social fuertemente polarizada, lo cual es inherente, como hemos comentado anteriormente, a su condición de formación social capitalista y subdesarrollada.

(12) Explicadas por el hecho de que el «gobierno militar logró conseguir una cierta autonomía frente a muchos de los sectores sociales que pavimentaron el camino hacia el golpe. Cita tomada de Vylder (1989, p. 61). O, dicho de otra manera, sectores que fueron utilizados como soporte y que posteriormente también se convirtieron en víctimas.

(13) De Vylder (1989, pp. 60 a 62). Para un análisis más profundo y ciertamente bueno, aunque también considerablemente sintético, puede verse Valenzuela (1991; el capítulo IX, apartado b: «Las bases de sustentación política», pp. 155 a 160). También Moulian y Vergara (1980, apartado III, «Política económica y proceso de hegemonía», pp. 104 a 114). Es oportuna una referencia a la posición de la Democracia Cristiana respecto al golpe. Queda puesta de manifiesto en dos hechos: el envío de una comisión oficial del partido para felicitar a Pinochet el 12 de septiembre y las declaraciones del presidente del Partido, Aylwin, quien afirmaba que «la intención manifiesta de la junta es la de restablecer nuestras instituciones políticas de acuerdo con la Constitución y traer la paz y la unidad a todos los chilenos», Roxborough, O'Brien y Roddick (1979, p. 348).

(14) Valenzuela (1991, p. 156).

(15) Véase Briones, Alvaro, *Economía y política del fascismo dependiente*, Siglo XXI, México, 1978, y el capítulo VIII de ARRIZABALO (1993a).

(16) En este sentido es importante la observación de las posiciones de las distintas escuelas teóricas, los distintos grupos políticos y los distintos sectores sociales, tanto chilenos como de fuera del país, en relación a las transformaciones económicas operadas durante la dictadura. Citaremos, a modo de ejemplo, una frase, tremendamente significativa del ministro de Hacienda del gobierno de la Concertación de la transición, Foxley. El afirma que «yo no tengo ningún problema ni ningún complejo en reconocer que una parte de esas tareas [en la política económica de la dictadura] fue necesaria para lo que estamos haciendo hoy en día» [Entrevista publicada en el diario *El País*, suplemento «Negocios», 24/3/91, p. 9]. Foxley obvia la interrelación, complementariedad y coherencia de las distintas «tareas» del modelo económico de la dictadura.

(17) O, por ejemplo, de los 196 millones de personas latinoamericanas que se encuentran en situación de pobreza —45% del total; datos de CEPAL correspondiente al año 1990—, de los asalariados cuyos salarios se reducen fuertemente y cuyas condiciones laborales se hacen más precarias día a día y de los trabajadores desempleados cuyo número aumenta incesantemente, todos los cuales experimentan en carne propia el significado profundo de este tipo de modelos, cuya implantación está vinculada, no debe olvidarse, a la propia lógica del modo de producción capitalista en su grado de desarrollo histórico actual.

Sin embargo, esa polarización (lucha de clases latente) apenas ha sido trasladada al plano político (lucha de clases explícita). Y la influencia de la estructura social en la adopción y mantenimiento de un modelo de DESARROLLO (con mayúsculas para recalcar su verdadero sentido como tal en la forma en que lo hemos delimitado) solamente es viable sobre la base de su articulación política independiente.

Históricamente, la traslación de la polarización socio-económica al plano político se dio en gran medida en los años previos y durante el propio período de gobierno de la Unidad Popular. Sin embargo, la adopción de la llamada «vía chilena al socialismo», de carácter no insurreccional, incorporaba una contradicción central. Por una parte, aplicaba una serie de medidas que tendían a cuestionar la propia esencia capitalista subdesarrollada de la formación social chilena. Pero, por otra parte, no acababa de romper con la propia institucionalidad capitalista, tomando todo el poder del Estado —y no sólo del gobierno— para transformar su propia esencia. La inviabilidad de este modelo de desarrollo llevó a un punto de no retorno en el que solamente existían dos posibles modalidades de resolución del conflicto, dos salidas: la socialista o la fascista. El resultado de todo ello, conocido, fue un golpe de Estado (18).

Ya hemos apuntado cómo en el período de la dictadura parte importante de los sectores que apoyaron y se convirtieron en soporte del régimen fueron también víctimas de su modelo de «desarrollo».

En la actualidad, el gobierno de la Concertación plantea una opción económica de tipo neoliberal. ¿Por qué decimos que es neoliberal? Esencialmente porque mantiene sustancialmente inalterado el modelo económico de la dictadura (19).

En efecto, el gobierno de la Concertación sigue privilegiando lo que hemos venido caracterizando como una regulación transnacional basada en la desregulación selectiva de los mercados, la privatización y reorientación de la inter-

vención del Estado y la apertura al exterior como principales rectores de su política económica, generadores de las consecuencias que también hemos señalado.

Sin embargo, el modelo neoliberal de la Concertación no es idéntico al modelo, también neoliberal, de la dictadura (el cual también tiene distintas concreciones a lo largo de todo su período de implantación). Especialmente en relación a un punto: el de la consideración de las carencias sociales como un asunto a abordar. Y justamente es ese punto el que confirma su carácter neoliberal.

Efectivamente, la Concertación, atendiendo a la necesidad de poder disponer de una cuota de legitimidad entre los sectores populares, considera el impacto social de la política económica aplicada durante la dictadura y lo critica. Sin embargo, la fórmula que plantea para su tratamiento es típicamente neoliberal. Así, no se plantea transformaciones estructurales en términos de política industrial o tecnológica, de reforma del sistema financiero interno, de redefinición de la inserción exterior, de alteración de las bases en las que reposa la competitividad chilena actual, etcétera. Al contrario, deja intocables estos planos y se plantea su tratamiento a través de políticas de gasto fiscal social que actúa «ex post», esto es, al margen del proceso productivo. Dicho de otro modo, no busca una redistribución del ingreso modificando sus causas explicativas, sino que se contenta con una forma de compensación a las víctimas del sistema concentrador y excluyente. Por eso es neoliberal (20).

Es decir, el modelo económico del gobierno de la transición respeta escrupulosamente la lógica del período anterior manteniendo sus líneas centrales con pequeños «guiños» sociales orientados a permitir la reproducción del modelo en el tiempo (21).

En este contexto hay que entender el cambio de interpretación de la política económica de la dictadura sobre la base de la existencia de sus distintas fases por parte de los teóricos de la Concertación. Ciertamente que para ello se aprovechan de la dinámica extraordinariamente distorsionada de los años previos a la crisis que estalla en 1982, planteando que lo que viene a continuación no es tan negativo.

(18) Lo que se quiere destacar es la idea de imposibilidad de resolución de la confrontación en el marco institucional existente. En el contexto de una coyuntura histórica determinada, en una formación social subdesarrollada en la que el nivel de dicho conflicto es, como se verá más adelante, tremendamente exacerbado, el conflicto no tiene vía posible de solución en el marco capitalista de la institucionalidad política representativa y ajustada a derecho. De ahí el planteamiento dual de socialismo o fascismo. La cuestión que queda pendiente es, claro, la explicación del fracaso en la construcción del socialismo. El tema es demasiado largo y complejo para el alcance del presente trabajo, pero, en todo caso, habría que hacer hincapié como importante factor explicativo, en la orientación, dicho crudamente, contraria a la profundización en esta línea de algunos sectores de la Unidad Popular más preocupados en atraerse el apoyo de la Democracia Cristiana que en ejercer el liderazgo político revolucionario en una coyuntura caracterizada por «una toma masiva de fábricas, (...) consejos locales de trabajadores y manifestaciones en las calles de Santiago en las cuales un millón de personas (una décima parte de la población del país) demandaba el establecimiento del "Poder Popular"» (Roxborough, Ian; O'Brien, Philip, y Roddick, Jackie, *Chile: el Estado y la revolución*, Editorial El Manual Moderno, México, D.F., 1979, contraportada). No obstante, lejos de resolver la cuestión, lo apuntado se limita a sugerir el tema. Sobre ello pueden verse Allende, Salvador, *La vía chilena hacia el socialismo*, Fundamentos, Madrid, 1971, y Marini, Ruy Mauro, *El reformismo y la contrarrevolución: estudios sobre Chile*, Serie Popular ERA, número 37, México, D.F., 1976, así como el citado por Roxborough, O'Brien y Roddick y el capítulo VI de Arrizabalzo (1993b), entre muchos otros. Por otra parte, la opción de la burguesía chilena por el golpe se explicaría como principal factor interno, por el alto nivel de explicitación de la lucha de clases, explicada a su vez por la imposibilidad de revertir la crisis y el agotamiento del modelo de acumulación tradicional, unida a un elevado grado de organización de la clase trabajadora.

(19) Como es sabido, el actual contexto institucional se rige por el no cuestionamiento del propio legal impuesto por la dictadura a través de la Constitución de 1980 (o, por mejor decir, de la «Carta Otorgada»).

(20) Una anécdota harto significativa es la que viene detallada en CEDAL, *Situación Latinoamericana*, núm. 4, Madrid, agosto, 1991, p. 82. La reproducimos textualmente. Dice así: «(...) resaltó una conferencia internacional, organizada por dos connotados ex ministros del Gobierno militar, uno de los cuales fue el candidato presidencial derrotado Hernán Buchi. Esta Conferencia, denominada "Chile puede más", anticipaba una intencionalidad más política que académica. La participación estelar del "maestro" de varias generaciones de economistas chilenos en la Universidad de Chicago, profesor Arnold Harberger, le daba especial relevancia al evento. Pero el profesor Harberger sorprendió tanto a la audiencia como a sus anfitriones panelistas al clausurar la conferencia afirmando que la economía chilena era la "mejor del mundo", siendo la que menores distorsiones permanentes presenta". Ciertamente, este pretendido piropo no alcanza tal carácter si consideramos de dónde viene. O, mejor todavía, si analizamos su afirmación respecto de la ausencia de distorsiones. La pregunta obvia: la existencia de algo más de cinco millones de pobres en una población de poco más de trece, ¿qué es? En todo caso, a los responsables de la Concertación les corresponde decir si tal pretendido piropo les halaga o les preocupa, si bien todo indica que hay más de lo primero que de lo segundo».

(21) Pero las limitaciones de la modalidad de transición propuesta son implacables. Así, cuando se plantean posibles mecanismos para dar contenido a esos «guiños», la propia lógica de la transición en su doble vertiente económico-social y político-institucional lleva a contradicciones difícilmente salvables. Es el caso, por ejemplo, de las tímidas reformas en el ámbito laboral y tributario sugeridas por la Concertación cuya aprobación, en el juego del consenso con la propia derecha pinochetista anclada en los artificios legales antidemocráticos aludidos anteriormente, resulta tremendamente compleja, lo que acaba deviniendo en reformas efectivas aún más tímidas que las ya pacatas propuestas, por lo que, finalmente, se quedan en el terreno de lo puramente testimonial.

Una cuestión que puede dar mucha luz en relación a este punto es la observación de las diferencias en la interpretación del desempeño económico durante la dictadura desde las diversas escuelas y enfoques teóricos. Van desde algunos neoliberales que llegan a lamentarse (!?) del contexto dictatorial en que tienen lugar lo que llaman «milagro» económico, hecho, en todo caso, altamente satisfactorio y en cierto modo requisito para una eventual libertad política posterior, hasta los ideólogos de la quienes entiende que, además de su encuadramiento en un marco autoritario, son denostables sus impactos sociales, mas sin cuestionar de raíz el origen de éstos —así como la propia funcionalidad de aquéllos a la lógica de reproducción del modelo en el tiempo—. Añadidamente, como ya hemos comentado, distinguen cualitativamente como poseedores de lógicas sustancialmente diferentes, los diversos subperíodos en que toma concreción el modelo neoliberal durante la dictadura. Finalmente, existen distintas interpretaciones que comparten su cuestionamiento radical —i.e.: desde la raíz— del modelo sobre la base de su lógica esencial y su significado global.

Lo que pone de relieve esta breve y extremadamente elemental tipología es la orientación estructural —en términos de clase— del gobierno de la Concertación. Cuya concreción se plasma en el mantenimiento del modelo destinado a priorizar el objetivo de estabilidad de precios y de crecimiento de la producción (en la forma específica en que tienen lugar y con los impactos que generan) sobre el de redistribución en sentido progresivo del ingreso que coadyuve a la reducción de las profundas desigualdades y, en general, a la mejora de las condiciones materiales de vida de la mayoría de la población (22).

El significado del mantenimiento del modelo se traduce en nuevos impulsos a la política de privatizaciones y especialmente a la vehiculizada a través de mecanismos de conversión de deuda (obviamente de las empresas más avanzadas y en los sectores más dinámicos, con un fuerte impacto desnacionalizado de la base productiva del país y efectos negativos sobre el empleo y la prestación de servicios públicos) y a la apertura externa.

Sin embargo, desde distintos sectores se sigue saludando como exitoso (¿para quién?) el desempeño económico, medido obviamente a través de los indicadores macroeconómicos convencionales. A pesar de que no es éste el objeto preciso del trabajo, sí es pertinente recalcar dos puntos respecto al pretendido éxito, mutuamente relacionados entre sí. Se trataría en primer lugar del espacio o margen generado para el crecimiento económico por la política de la dictadura en relación al trabajo (no sólo a través de las enormes caídas en las remuneraciones directas, sino a través de la precarización del trabajo en ámbitos tales como el de las formas de contrataciones, horarios, remuneraciones indirectas, condiciones de salud e higiene y condiciones laborales en general (etcétera) y a la explotación de los recursos naturales. Y, en segundo lugar, la sustentabilidad de un mode-

lo basado en una competitividad espurea que presenta una inserción exterior muy vulnerable y una orientación predominante hacia los sectores financieros y especulativos.

De manera que se ha venido dando una paradoja durante el gobierno de la Concertación consistente en que no ha alterado las condiciones que propician la sobreexplotación de la mano de obra para no afectar la competitividad, pero tampoco efectúa una acción compensatoria para no afectar los equilibrios macroeconómicos, hasta tal punto que en un país con enormes necesidades sociales, se han llegado a dar recurrentes superávits fiscales y comerciales.

Aunque en todo caso el análisis de los resultados económicos del gobierno de la transición en detalle quede, ojalá, para otra ocasión, sí consideramos oportuno comentar un último punto. Se trata del hecho de que en el período para el que disponemos de datos 1990-1992, el crecimiento de los salarios reales ha sido menor que el de la productividad (promedios anuales de 3,8% frente a 3,6%) y la participación de las remuneraciones reales se ha reducido (promedio anual de —0,2%) (23). Dicho de otro modo, que los trabajadores se han financiado ellos mismos los incrementos salariales.

Resumiendo en cuanto al tema que nos interesa en este momento, de nuevo una parte importante de los sectores que le han apoyado —al menos electoralmente— y se constituyen, en teoría, en su soporte, se convierte en víctimas del modelo.

IV. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Tanto el origen y evolución de la dictadura y de su opción económica como los del gobierno de la transición, se enraizan en el contexto histórico de la crisis estructural del modo de producción capitalista a escala mundial. Y es justamente en ese contexto en el que hay que integrar la lógica de las políticas aplicadas para comprender su sentido.

En efecto, las políticas económicas aplicadas —obviamente que no sólo en Chile, sino en todo el mundo— responden a la búsqueda del capital en el sentido de dotarse de mecanismos que le permitan la reversión de la caída de la tasa de ganancia que está en el centro de la crisis. En esta lógica surge el recurso a la teoría neoliberal como excusa que permite la implantación de unos planes cuyo eje es una transformación en el instrumento que había sido central en el mantenimiento de la tasa de ganancia durante el cuarto de siglo que sigue a la Segunda Guerra Mundial. Así, el mecanismo inflacionario paradigmático de esta época se ve sustituido por lo que había sido tradicional bastante tiempo atrás: la destrucción de fuerzas productivas plasmada en desempleo masivo (y subempleo y empleo precario), es decir, en la conformación de voluminosos «ejércitos industriales de reserva».

Por eso es tan importante situar justamente en este plano la discusión sobre la adopción de uno u otro modelo y más concretamente sobre las diferencias entre la escuela keynesiana y la neoliberal (o, por mejor decir, de todos los enfoques que se reclaman, en mayor o menor medida, de uno u otro). En tanto que ambas no son sino instrumentos prácti-

(22) Donde finalmente aparece la esencia de la lógica neoliberal en cuanto al automatismo que pretende que al control de precios le sigue el crecimiento económico y a éste una más justa redistribución del ingreso. Sin considerar la fragilidad de esta secuencia en todos sus eslabones, especialmente atendiendo al hecho de la conformación de la formación social chilena como subdesarrollada y dependiente.

(23) Las fuentes son el Banco Central y el Instituto Nacional de Estadística.

cos e ideológicos de que se dota el sistema capitalista como tal para su reproducción en el tiempo (24), de modo que la decantación por uno u otro obedece finalmente al grado de funcionalidad a tal fin (para minimizar el número de contradicciones de la política efectivamente aplicada con la teoría que, en principio, la inspiran). Por tanto, desde nuestro punto de vista, la verdadera discusión —o dilema— debe centrarse en torno al propio modo de producción capitalista (25).

En este contexto debe insertarse el estudio de las relaciones entre modelos de desarrollo y estructura social, así como de la propia viabilidad del proyecto neoliberal vigente en Chile hoy día para el largo plazo, que es donde se define dicha viabilidad para el caso de un proyecto de carácter estructural como el que nos ocupa.

En efecto, en el corto plazo es dable pensar que el modelo económico se va a mantener. Con algunas mejoras puntuales que, no obstante, no afectarán sustancialmente a lo que constituyen los grandes problemas del país, pues el predominio de los mecanismos de mercado, de carácter oligopólico, al sostenimiento del cual se orienta la intervención del Estado, lo imposibilita de raíz (26).

Sin embargo, ampliando el horizonte temporal para el largo plazo, resulta obvia la constatación de que en Chile subyacen una serie de contradicciones esenciales tales como, por ejemplo, la que guarda relación con las graves dificultades para la realización del excedente (27).

(24) Como muestra el hecho de que ninguna de las políticas económicas aplicadas en Chile (se puede excluir el período que corresponde al gobierno de la Unidad Popular por suponer una discusión distinta) ha permitido el mejoramiento de forma sostenida de las condiciones materiales de vida de la mayoría de la población chilena. Básicamente porque, conviene repetirlo una vez más, ello es funcional a la reproducción del sistema en el tiempo. Lo cual nos lleva de nuevo al dilema capitalismo-socialismo, o a la inviabilidad de las opiniones reformistas.

(25) Especialmente en la medida que su caos acerca la situación cada vez más a una formulación del tipo «socialismo o barbarie».

(26) Pues, como señala Díez (1991, p. 54), «los mercados son "ciegos" en lo social y "miopes" en el largo plazo». Matizaremos que, respecto a su «ceguera», como dice el refrán, «no hay peor ciego que el que no quiere ver» y en cuanto a su «miopía» para el largo plazo, se trata de una «miopía» inevitable por la propia lógica de funcionamiento capitalista que es, justamente, la que determina la inexistencia real del concepto idealizado de libre mercado, dándose una conformación de los mercados crecientemente oligopolizada.

(27) Al respecto, véase Valenzuela, F. José, *¿Qué es un patrón de acumulación?*, Facultad de Economía UNAM, México, 1990; apartados IX —«Perspectivas»— y X —«Sobre la viabilidad»— del capítulo III —«El nuevo patrón de acumulación y sus precondiciones. El caso chileno»—. Por otra parte, incluso desde la lógica del modelo todavía existen asuntos de gran envergadura pendientes en la reestructuración operada. Así, Díaz (1991, p. 54) plantea «varias reestructuraciones pendientes. *Primero*, una reconversión energética en los próximos años que afectará profundamente al sector transporte, consumidor intensivo de energía y del petróleo. *Segundo*, una reconversión de la infraestructura de caminos y puertos, dado que ésta es completamente insuficiente para responder a los crecientes requerimientos del comercio exterior. *Tercero*, una reconversión hacia un desarrollo menos depredatorio de la naturaleza, más autosustentable. *Cuarto*, un reajuste de la estructura y funcionamiento de las grandes metrópolis, afectadas cada vez más por la contaminación ambiental, el hacinamiento de calles, la ausencia de esparcimiento y de medio ambiente para una vida ciudadana digna. *Quinto*, un acelerado desarrollo en la investigación científica, el desarrollo tecnológico y la formación de recursos humanos en una dirección técnica y científica de alto nivel. *Sexto*, una nueva política industrial y tecnológica que haga avanzar al país hacia un modelo secundario exportador. *Séptimo*, un nuevo estilo de desarrollo más basado en la inversión y el capital que en la naturaleza y el trabajador. Esto implica trabajo digno, equidad social, estabilidad en el empleo, dignidad y seguridad en el trabajo». [El uso de la cursiva es del autor.] La pregunta obvia al respecto es si acaso todo ello es posible —o al menos una parte importante de ello— en una sociedad capitalista subdesarrollada tal como ha venido siendo caracterizada la chilena, en el marco histórico de la crisis capitalista no resuelta. Ciertamente, Díaz hace honor a su calidad de asesor del hasta hace poco ministro de Economía, Ominami, cuando plantea estos temas como susceptibles de ser abordados a partir del abandono de las políticas neoliberales por una mayor intervención del Estado. Aclaremos que si hemos incluido la cita completa es porque entendemos que constituye una enumeración o descripción de temas útil

Por ello, en un plazo más lejano, la traducción de su agudización, en términos de un agravamiento de las condiciones materiales de vida de la población, puede hacerlas desembocar en alguna forma de explosión social cuya modalidad y alcance dependen directamente de la capacidad articuladora de una propuesta política transformadora. Articulación que, canalizando el descontento más allá de planteamientos meramente coyunturales, se dote de una perspectiva espacial y temporal más amplia y, a partir de ello, más consistente. Siempre considerando que la prospectiva descrita se inserta en lo que ocurra a escala mundial a donde es trasladable el mismo esquema.

Sin embargo, es indudable que hoy día no existe en Chile un referente político cuestionador de la situación actual que disponga de una presencia masiva. Además, todavía pervive una situación de retroceso y deterioro de las organizaciones independientes, de trabajadores y populares. La explicación de esto se encuentra en distintos planos entre los cuales destacan la fuerte agresión recibida desde las instituciones del Estado y del sistema así como su recurso al ideologismo y, por otra parte, las orientaciones de distintas dirigencias partidarias, sindicales y organizativas en general, contrarias a la articulación masiva en un proyecto de acumulación de fuerzas cuantitativa y cualitativamente superior a las existentes históricamente, en torno a un proyecto no capitalista.

Por otra parte, no es sólo que el caso chileno no sea una peculiaridad en este sentido, sino que la realidad mundial muestra multitud de casos en los que se dan procesos muy similares (28).

Así, nos encontramos en un momento histórico en el que, de una parte, las condiciones objetivas para el debilitamiento del capitalismo hasta su derrumbe son inmejorables (29). Mas ellas son solamente condiciones necesarias pero no suficientes. Las que las tornarían en suficientes serían las subjetivas, traducidas en su estructuración organizativa. Y ahí las perspectivas de corto plazo no son buenas, si bien ello no es así necesariamente para el largo. En este sentido expresamos nuestra esperanza y convicción en la posibilidad de un mundo futuro basado no en la explotación y en la competencia, sino en la cooperación y la solidaridad.

para nuestra exposición, pero no por concordar con el autor respecto a su interpretación y conclusión.

(28) En todo caso, si existen intentos, todavía muy incipientes, de conformar instancias que puedan, efectivamente, servir de referente. Pensamos, por ejemplo, en los Encuentros Latinoamericanos de Trabajadores en Defensa de las Empresas Estatales y los Servicios Públicos (ELASPEs).

(29) Incluyendo, lógicamente, el derrumbe de los regímenes estalinistas en la ya ex-Unión Soviética y otros países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), lo que, además de poner de relieve la perversión que en sí mismos constituyeron, supone una aclaración del panorama y de las perspectivas para los sectores populares de poder conseguir el logro de llegar a regir su propio destino. Además, la propia crisis del estalinismo ayuda a observar y comprender la crisis capitalista por cuanto que las propuestas y la política efectiva que se aplica en aquellos países no es ni siquiera tendente a buscar una inserción más o menos precaria o independiente en la economía mundial, sino que, en consecuencia con la propia fase crítica en el desarrollo capitalista, se orienta a la pura destrucción de fuerzas productivas a través del desmantelamiento de sectores productivos completos, que es en lo que se traducen los procesos de privatización en la forma en que, de hecho, están teniendo lugar. Por otra parte, se da una situación inédita en cuanto a la aplicación de política considerablemente similares en prácticamente todos los países del mundo, sobre la base de la hegemonía absoluta del FMI que impone su aplicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AGACINO R., Rafael; RIVAS G., Gonzalo, y ROMAN G., Enrique, *Apertura y eficiencia productiva: La experiencia chilena 1975-1989*. Documentos de Trabajo, núm. 113, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, D.C., marzo, 1992.

ARRIZABALO MONTORO, Xabier, *Transnacionalización y subdesarrollo: Chile, 1973-90 (Resultados económicos y significado histórico de la dictadura y el neoliberalismo)*. Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 1993.

—, *Resultado económico de la dictadura en Chile (1973-1990)*. Documentos de Trabajo, Instituto Internacional del Desarrollo, Madrid, 1993.

CEPAL, *La apertura financiera en Chile y el comportamiento de los bancos transnacionales*. Estudios e Informes de la CEPAL, núm. 78, Santiago, diciembre, 1989.

—, *Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía de Chile (1974-1989). El papel del capital extranjero y la estrategia nacional de desarrollo*. Estudios e Informes de la CEPAL, núm. 86, Santiago, agosto 1992.

CIZE, Pierre, y otros, *Le Fonde Monétaire International (F.M.I.): une entreprise de pillage des peuples*. SELIO, París, 1990.

DAUBERNY, Michel, *Las consecuencias de la supervivencia del capitalismo: ¿«expansión ilimitada» o programa de regresión mundial? La Verdad*, número 3 (nueva serie), CIR, Madrid, diciembre 1991.

DE VYLDER, Stefan, *Chile, 1973-1987: los vaivenes de un modelo*, en GARCIA G. Rigoberto (comp.), *Economía y*

política durante el gobierno militar en Chile, 1973-1987, FCE, México, 1989.

DIAZ, Alvaro, *El capitalismo chileno en los 90: crecimiento económico y desigualdad social*. Serie de Documentos de Análisis, núm. 1, PAS, Santiago, julio 1991.

FRENCH-DAVIS, Ricardo, *El experimento monetarista en Chile: una síntesis crítica*. Colección Estudios Política Comercial, núm. 1, UNCTAD, Nueva York, 1991.

GILL, Louis, *Economie mondiale et impérialisme*. Boreal Express, Québec, 1983.

MARIN, Gustavo, y ROZAS, Patricio, *Conversión de la deuda externa, rearticulación de los grupos económicos y transnacionales de la economía chilena*. Realidad Económica, núm. 81, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, Buenos Aires, 2.º bimestre, 1988.

MELLER, Patricio, *La apertura comercial chilena: lecciones de política*, mimeo CIEPLAN, Santiago, noviembre 1991 (publicado posteriormente como «La apertura comercial chilena: lecciones de política», en Serie Documentos de Trabajo, núm. 109, Washington, marzo 1992).

OMINANI P., Carlos, y MADRID, Roberto, *La inserción de Chile en los mercados internacionales: elementos para la evaluación del desarrollo exportador y propuesta de políticas*. Mimeo, Santiago, s.f.

SOCHEP, *Problemas y perspectivas del actual modelo de desarrollo*. Seminario «Chile 1990: Problemas y perspectivas del actual modelo de desarrollo», 2 partes, SOCHEP/ARCIS/PRIES-CONO SUR, Santiago, 15/12/1990.

VALENZUELA F., José, *Crítica del modelo neoliberal*. Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.

RESUMEN

El artículo analiza la relación entre la estructura social y el modelo de desarrollo, específicamente para el caso chileno, durante la dictadura de Pinochet (1973-1990). Las políticas económicas puestas en marcha por el régimen militar, y continuadas en buen grado por el gobierno de la Concertación, responden a un enfoque neoliberal que apoya el fortalecimiento del capitalismo, a expensas de más desempleo y condiciones de vida más precarias para los trabajadores y los pobres.

ABSTRACT

The article analyzes the relationship among social structure and strategy of development, specifically for the Chilean case, during Pinochet's dictatorship (1973-1990). The Political Economies implemented by the military regime, and continued in many grades for the Concertation government, respond to a neoliberal approach which support the improvement of the capitalism but at the expense of more unemployment and more precarious conditions of life for the workers and the poor.